

de cumplir exactamente con uno y otro deber. Aprovechate de los buenos ejemplos que tienes delante de los ojos, y procura dárseles tú mismo á otros. Débeslos en primer lugar á tu familia, á tus domésticos, á tus súbditos, á tus dependientes y á todos aquellos que tratas con frecuencia. También el público tiene derecho á este socorro de edificación; aunque seas el hombre mas desconocido, el mas solitario del mundo, siempre debes este buen ejemplo á tus hermanos. Pero, ¿y se le das á todos aquellos con quien vives? En vano exhortas, aconsejas y predicas; tus obras son mas persuasivas que tus palabras. Examina si tu porte edifica á los que te tratan, y corrige desde luego todo lo que puede desedificarles.

2 ¿Te faltan talentos y medios para procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas? Pues consuélate con que en tu vida ajustada y ejemplar tendrás el talento mas precioso y el medio mas eficaz para convertirlos. Un superior, cuya vida es la regla animada, un noble, un ilustre caballero de costumbres irreprehensibles, un padre, una madre de familias verdaderamente cristianos, una señora principal sumamente ajustada y ejemplar; ¡oh, y con qué eficacia persuaden á la virtud! ¡oh, y cuánto bien hacen en las almas cada uno en su estado, y por su camino! Sé tú de este número.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES DIONISIO AREOPAGITA obispo, Rústico presbítero, y ELEUTERIO, en Paris: Dionisio fué bautizado por el apóstol S. Pablo; y ordenado primer obispo de Atenas; luego habiendo ido á Roma, el papa S. Clemente le envió á las Galias á predicar el Evangelio: llegó á Paris, y por espacio de algunos años desempeñó fielmente su apostólico ministerio. Finalmente despues de haber sido atormentado con diverso género de tormentos, por orden del gobernador Fescennino, fué degollado juntamente con sus compañeros, alcanzando así la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LA MEMORIA DEL SANTO PATRIARCA ABRAHAM, padre de todos los creyentes, en el mismo dia. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN DOMNINO, mártir, en Julia en la via Claudia en territorio de Parma, en tiempo del emperador Maximiano; el cual queriendo huir de la furia de la persecucion, habiéndole atravesado con una espada los que seguian en su alcance murió gloriosamente.

SAN DEUSDEDIT, ó DIOSDADO, abad, en el monte Casino: fué me-

tido en una prision por orden del tirano Sicardo, donde murió de hambre y de miseria (el año 834.)

SAN GISLENO, obispo y confesor, en Hannonia (Henegow); habiendo renunciado el obispado, fundó un monasterio donde vivió esclarecido en muchas virtudes.

SAN LUIS BERTRAN, del orden de Predicadores, en Valencia en la España Tarraconense; el cual lleno de un espíritu apostólico confirmó con la inocencia de su vida y con muchos milagros el Evangelio que habia predicado á los americanos. (*Véase su vida en las de mañana.*)

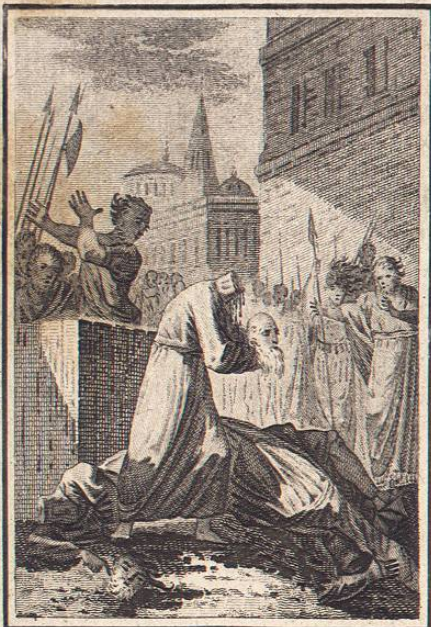
LOS SANTOS ANDRÓNICO Y ANASTASIA su mujer, en Jerusalem.

SANTA PUBLIA, abadesa, en Antioquia; la cual cantando con sus monjas estos versos de David: *Los ídolos de los gentiles no son mas que plata y oro; y: Sean semejantes á ellos los que los fabrican;* como acertase á pasar por allí al mismo tiempo el emperador Juliano el apóstata, por mandato suyo fué abofeteada, y ásperamente reprendida.

SAN DIONISIO Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

FUE S. Dionisio de una de las mas nobles familias de la ciudad de Atenas; nació ocho ó nueve años despues del nacimiento del Salvador, y le criaron cuidadosamente sus padres, tanto en las ciencias como en las supersticiones del gentilismo. Estudió en la misma célebre ciudad, adonde concurrían de todas partes los mayores ingenios por ser la mas famosa universidad de toda la Grecia. Florecían en ella todas las ciencias y artes liberales, pero sobre todo la filosofía y la astronomía; en ambas se adelantó mucho Dionisio; y para perfeccionarse en las matemáticas hizo un viaje á Heliópolis. Estando en esta ciudad, observó aquel milagroso eclipse del sol que sucedió en la muerte del Salvador, puntualmente en el mismo plenilunio. No ignoraba Dionisio que no mediando algun cuerpo sólido entre la tierra y el sol, como no era posible que mediase estando llena la luna, necesariamente habia de ser sobrenatural aquel eclipse; y en virtud de eso, asombrado de aquel raro fenómeno, exclamó: *O el Dios de la naturaleza padece, ó la máquina de este mundo perece.*

Vuelto á Atenas, se señaló mucho en aquella universidad por su sabiduría, por su elocuencia y por su ingenio sobresaliente; tanto, que sin reparar en sus pocos años le honraron con los primeros empleos, y en breve tiempo se vió elevado á la dignidad de uno de los primeros jueces del Areopago. Era este el mas respetable tribunal de toda la Grecia. Celebra la historia en mil partes la integridad de los que le componían; y hasta los mismos romanos, en medio de su vanidad, remitían á él muchas causas ambiguas, honrándose mucho de ser admitidos en el número de



S. DIONISIO,
Y COMPAÑEROS MRS.

los areopagitas. Hallábase aquel augusto y famoso tribunal en su mayor esplendor cuando entró S. Pablo en Atenas, siendo á la sazón la ciudad mas célebre del mundo por las ciencias que se enseñaban en ella, y por el concurso de estudiantes y de maestros que acudían á su universidad de todas las provincias adonde se estendía la jurisdiccion del imperio romano. Era, por decirlo así, como la academia universal de todas las artes y de todos los descubrimientos del ingenio; por lo que no podía el Apóstol escoger teatro mas oportuno para anunciar el Evangelio, ni lugar donde estuviere mas viva la curiosidad de aprender cosas nuevas en materia de religion. Luego que el santo Apóstol se hizo cargo del lastimoso estado en que se hallaba la ciudad, se sintió interiormente conmovido y penetrado su corazón de la mas viva compasion á vista de un pueblo tan idólatra y tan ciego. Comenzó á predicar, segun su costumbre, primero á los judíos en sus particulares sinagogas; y saliendo despues á las calles y á las plazas públicas, anunciaba el Evangelio á todo género de gentes. Cuando le oyeron hablar de la unidad de Dios, de su inmensidad y de su omnipotencia, pasando despues á los misterios de la encarnacion del Verbo y de su resurreccion, hizo tanto eco en los ánimos de sus oyentes aquella nueva doctrina, que le delataron al tribunal del Areopago. Compareció en él S. Pablo, y dió razon de su religion, demostrando tan visiblemente su verdad, su santidad y su escelencia, que todos los jueces quedaron admirados, aunque no todos quedaron convertidos. Rindiéronse pocos á la fuerza de la verdad, y entre estos pocos fué uno Dionisio Areopagita. Las conferencias privadas que tuvo con el Apóstol le abrieron en fin los ojos; y detestando las supersticiones del gentilismo, abandonó sus bienes y renunció sus empleos por seguir á Jesucristo, quedando gustosamente sorprendido cuando entendió que aquel milagroso eclipse, que tanto le habia asombrado, habia puntualmente sucedido en la muerte del mismo Salvador.

Instruido ya perfectamente en los misterios y en la doctrina de la religion, fué bautizado por S. Pablo, y admitido en el número de aquellos discípulos que se distinguían mas en su cariño. Comunicóle particularmente á él aquellas luces sobrenaturales, aquellos divinos secretos que el Apóstol habia aprendido en la misma fuente cuando fué arrebatado hasta el tercer cielo; y con este descubrimiento sacó en Dionisio uno de los mas iluminados y de los mas hábiles maestros de la vida mística. Créese comunmente que S. Dionisio acompañó á S. Pablo en todos los viajes que hizo aquellos tres primeros años; y que despues cre-

ciendo cada dia el número de los fieles, el mismo Apóstol le consagró por obispo de Atenas.

Formado en tal taller, y siendo obra de un artifice tan diestro, ya se deja discurrir cuál seria su conducta, cuanto su zelo y cuanta su virtud en el ministerio episcopal. Ningun obispo fué mas semejante á los primeros apóstoles. Su vida era una viva imágen de la de estos; la misma inocencia, la misma austeridad y el mismo fervor. Iluminado por el mismo Dios aquel entendimiento naturalmente sublime, elevado y perspicaz, fué Dionisio uno de los mayores doctores y de los mas sabios maestros de la vida espiritual. En su admirable libro *de la Jerarquia eclesiástica*, en el *de los Nombres divinos*, y en sus epístolas á san Tito, á S. Timoteo y á S. Policarpo, se hace visible su íntima comunicacion con Dios, aquel eminente don de contemplacion que poseia, y su sabiduría verdaderamente divina y celestial. Su conducta era en todo correspondiente á sus soberanas luces; y en el gobierno de la iglesia de Atenas se hacia palpable á todos que le dirigia el espíritu de Dios. No cabia caridad mas general y mas ardiente, ni zelo mas generoso y mas universal, ni amor de Jesucristo mas puro, mas abrasado y mas tierno. Pero sobre todo, desde el mismo punto de su conversion fué profundísima la veneracion que profesó siempre á la Madre de Dios, asegurando él mismo que el majestuoso aire y la divina modestia de la santísima Virgen estaban diciendo á todos quién era aquella Señora; haciéndole esto tanta impresion, que acostumbraba á decir, que á no saber por la fe que no podia haber mas que un solo Dios, nunca podria creer que la Virgen no fuese mas que humana criatura.

Tambien nos certifica él mismo en el libro *de los Nombres divinos* que logró el consuelo de hallarse presente en Jerusalem á la muerte de la Madre de Dios, y de ser testigo ocular de todas las maravillas que sucedieron en ella; queriendo la santísima Virgen dispensar este favor á su zeloso siervo Dionisio, que toda la vida conservó el mas tierno amor y la devocion mas extraordinaria á la soberana Reina.

Restituido á la ciudad de Atenas, se aplicó con mayor zelo que nunca al cultivo de aquella nueva viña del Señor, que á esfuerzos de su trabajo en breve tiempo fué una de las mas floridas porciones de la Iglesia. Igualaba al fervor de los cristianos de Jerusalem el de los nuevos fieles de Atenas; correspondia la docilidad de la grey á los desvelos del pastor, y muy en breve triunfó la fe de Jesucristo en aquella capital de la Grecia.

Levantósele por este tiempo su destierro á S. Juan evange-

lista, que le estaba padeciendo por la fe en la isla de Patmos, y restituyéndose á su iglesia de Efeso, inmediatamente le fué á visitar nuestro S. Dionisio. Tiénese por cierto que durante su mansión en Efeso y en las conversaciones particulares que tuvo con el amado Evangelista le dió el Señor á entender la necesidad que tenian de operarios apostólicos las provincias más estendidas de la Europa, y que le inspiró el pensamiento de irse á ofrecer al papa S. Clemente para esta mision; y como la iglesia de Atenas cada dia se iba haciendo mas numerosa y mas florida, él mismo escogió por sucesor suyo á S. Publio, á quien san Pablo habia convertido; y despues que el mismo Publio le informó del estado de aquella iglesia, en la cual habia trabajado con abundante fruto por largo tiempo, hecha dimision del obispado, le consagró obispo de Atenas, y Dionisio tomó el camino de Roma, acompañado del presbítero Rústico y del diácono Eleuterio, ambos fieles compañeros suyos en todos sus viajes y apostólicos trabajos. Fué recibido nuestro Santo del papa S. Clemente con aquella caridad que une tan estrechamente el corazon de los hombres apostólicos; y habiéndole declarado sus intentos, le suplicó que le señalase el lugar de su mision. Alumbrado y encendido el santo papa con el mismo espíritu, y animado del propio zelo, le envió á las Galias, donde parecia que dominaba el gentilismo con mayor imperio á favor de la crasa ignorancia en que vivian como anohecidos aquellos pueblos.

Partió inmediatamente S. Dionisio con S. Rieul, S. Marcelo, por sobrenombre Eugenio, y algunos otros operarios que le dió el sumo pontífice para que todos trabajasen en aquella inculca viña.

Noticioso S. Rieul, discípulo de S. Juan evangelista, que san Dionisio habia partido á Roma para ir á predicar el Evangelio á los gentiles en las Galias, le vino á buscar, y se le ofreció por compañero en aquella expedicion; lo mismo hicieron S. Luciano y S. Eugenio con otros escelentes operarios; y toda esta tropa de hombres apostólicos salió de Roma para ir á llevar la luz de la fe al otro lado de los Alpes. Es antigua tradicion de todas las iglesias de Provenza, que los santos misioneros se dirigieron primeramente á Arlés, donde ya habia muchos cristianos bautizados por S. Trófimo; y que habiéndose detenido S. Dionisio algun tiempo para cultivar aquella iglesia, como lo hizo con mucho fruto, llamándole á provincias mas distantes el espíritu de Dios, consagró por obispo de Arlés á S. Rieul, y él con los demás compañeros se encaminó á Paris para anunciar el Evangelio.

Luego que entró en aquella ciudad, fundada entonces en una isla que forma el rio Sena, y hoy se llama la isla de Palacio, se vió cercado de un inmenso gentío, y habiendo recibido el don de lenguas (como se debe creer) que era tan comun á los hombres apostólicos, habló á aquella muchedumbre con tan divina elocuencia sobre la risible vanidad de sus mentidas deidades, haciéndoles palpable la quimérica imposibilidad de muchos dioses; mostró con tanta energia la necesidad de creer que ni habia ni podia haber mas que un solo Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra, y que este no podia ser otro que Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios; en fin, esplicó con tanta elevacion, y al mismo tiempo con tanta claridad, así las verdades mas esenciales, como la santidad de nuestra religion, que sobre el mismo hecho muchos de sus oyentes le pidieron el bautismo. A vista de un suceso tan pronto como feliz, se encendió mas y mas el zelo del nuevo apóstol, venerándole ya todos como un hombre bajado del cielo; y los milagros que obraba cada dia en beneficio de un pueblo tan dócil á las verdades de la fe, le hacia por puntos mas y mas cristiano y mas sediento de las sagradas purísimas aguas del Evangelio. Desde luego se erigieron diferentes oratorios, siendo tradicion tan respetable por su antigüedad, como por la autoridad de los grandes hombres que la adoptaron, que el primero de estos oratorios ó de estas iglesias le dedicó S. Dionisio á la santísima Trinidad, y que estaba en el mismo sitio donde se ve al presente la iglesia de S. Benito, leyéndose aun el dia de hoy en una vidriera de la capilla de san Dionisio estas palabras: *In hoc sacello sanctus Dionisius cepit invocare nomen sanctissimæ Trinitatis*: en esta capilla dió principio S. Dionisio á invocar el nombre de la santísima Trinidad. El segundo oratorio le dedicó á Dios el mismo Santo en honor de la santísima Virgen; y es la iglesia que despues se llamó *de nuestra Señora de los Campos*, donde está hoy el convento de los padres carmelitas. El tercero se dedicó á los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y el cuarto á S. Estéban.

Dícese que el primero que recibió el bautismo de mano de S. Dionisio fué uno de los mas ilustres caballeros de Paris llamado Lisbio, á quien la gran casa de Montmorenci reconoce por tronco de su familia, por cuya razon tomó en las batallas por grito de acometer estas palabras: *Ayude Dios al primer cristiano*.

A vista de tantas y tan ruidosas conquistas como hacia cada dia nuestro Santo, necesariamente se habia de consternar el ánimo de los paganos, particularmente el de los sacerdotes de los

idosos, que á su pesar y tan á costa suya estaban viendo erigirse la religion cristiana sobre las ruinas del gentilismo. No menos conturbados que interiormente enfurecidos acudieron á echarse á los pies de Fescenino Sisino, gobernador de las Galias por el emperador, y le representaron que unos extranjeros venidos allá de los retirados rincones de la Grecia, tenian tan trastornado el espíritu del ciego vulgo y del ignorante pueblo por medio de sus acostumbrados hechizos y familiares encantamientos, que en gran desprecio de los dioses inmortales todos se hacian cristianos. Lamentáronse de que los templos estaban desiertos y los sacrificios abolidos, protestándole que si no se aplicaba pronto y eficaz remedio con ejemplar suplicio de las cabezas de aquella sacrilega sedicion, muy en breve veria el mismo gobernador estérminado de París el culto de los dioses del imperio. Turbóse Fescenino al oír tan graves quejas, y mandó que fuesen arrestados los jefes ó las cabezas de los cristianos. No habia cosa mas fácil que dar luego con ellos, y así fueron inmediatamente presos S. Dionisio, Lisbio, en cuya casa estaba hospedado el Santo, Rústico y Eleuterio. Lleváronlos á presencia del gobernador, y cuando estaban en su tribunal, entró en él Larcia, mujer de Lisbio, y tan furiosamente idólatra, que rabiosa contra el apóstol y contra su mismo marido, mas con ademanes de furia que de mujer, comenzó á acusar á Lisbio, que con sus mismas manos habia hecho pedazos todos los ídolos. Procuró Fescenino pervertir á aquel cristiano caballero con ruegos, con promesas y con amenazas; pero viendo su invencible constancia, mandó que allí mismo le cortasen la cabeza á vista de su mujer; y haciendo despues todo cuanto pudo para intimidar á Dionisio y á sus compañeros, dió orden de que todos fuesen encerrados en los calabozos de cierta prision inmediata, que se llamaba la cárcel del Glauco, y con el tiempo se convirtió en una iglesia intitulada *San Dionisio de la Cárcel*, donde no estuvieron meramente asegurados, sino atormentados cruelmente al peso de gruesas piedras que cargaban sobre sus cuerpos.

Pasados algunos días mandó el tirano que los trajesen á su tribunal, y los preguntó con fiereza, si aquel primer ensayo los habia hecho cuerdos, ó si eran tan locos que quisiesen acabar la vida con los mas desapiadados tormentos. Respondió S. Dionisio á nombre de todos, que ni los tormentos mas horribles, ni la misma muerte serian capaces de contrastar la constancia de su fe, puesto que era su vida el mismo Jesucristo por quien deseaban morir, teniéndose por dichosos si lograban derramar su sangre á gloria de su Salvador y de su Dios. La réplica del juez

á esta generosa respuesta fué una espesa lluvia de azotes con ramales armados de puntas de acero, que despedazaron hasta descubrirse las entrañas los cuerpos de los santos mártires. Era espectáculo digno de la atencion de los ángeles ver á un venerable anciano con mas de ciento y seis años (no contaba menos S. Dionisio) cantar incesantemente las alabanzas del Señor, con semblante alegre y risueño, en medio de aquella horrorosa carnicería.

Asombrado el tirano de tan magnánima firmeza, los mandó llevar otra vez á la cárcel, de donde presto los volvieron á sacar para atormentarlos con mayores suplicios. Apenas se podia imaginar como era posible que resistiese á tanta barbaridad un viejo de mas de cien años. Estendiéronle sobre el potro: renováronle todas las llagas con garfios de acero; y tendiéndole despues sobre cierta especie de parrillas, le fueron como asando á fuego lento, sin que en todos estos tormentos le pudiesen arrancar ni una sola queja ni un solo suspiro. Es verdad que cada tormento iba acompañado de un prodigio. Arrojárónle despues en un horno encendido, donde renovó Dios el milagro de los niños que respiraban refrigerio en medio de las llamas. Sacáronle del horno para amararle á una cruz, que el Santo convirtió en cátedra de la verdad, predicando al pueblo desde ella la santidad de nuestra religion, el mérito de los trabajos y la loca impiedad del gentilismo. Aturdió á los paganos tanto tropel de maravillas, y mas aturrido que todos el tirano, hizo que tercera vez le restituyesen á la cárcel, adonde concurrieron los fieles de todas partes, y se asegura que para fortalecerlos en la fe celebró el santo pastor el divino sacrificio, y á todos dió la comunión.

El dia siguiente 9 de octubre del año 117 pronunció sentencia el tirano de que Dionisio y sus compañeros fuesen degollados, lo que se ejecutó en el mismo dia. Hizose despues una horrible carnicería en los cristianos; y se dice que entre estos, Larcia, mujer del santo mártir Lisbio, convertida por las oraciones y por los milagros de S. Dionisio, logró la dicha de merecer la corona del martirio.

Es tradicion tan antigua como la muerte de nuestro Santo, que despues de degollado se puso en pié por sí mismo el cuerpo de S. Dionisio, tomó su cabeza en las manos, y la llevó al lugar donde está hoy la célebre poblacion y monasterio de su nombre, á dos leguas de París, cuyo portentoso acabó de convertir á todo el pueblo. Añádese, que acudiendo al ruido de este prodigio una santa mujer, llamada Cátula, á quien el Santo habia convertido, éste se fué derecho á ella; púsola en las manos su cabeza, y cayó

el cuerpo en tierra, dejándola depositaria de sus preciosas reliquias. Apoderada de tan inestimable tesoro, le guardó y le escondió con el mayor cuidado mientras duró aquella violenta persecucion; y no contenta con eso, tuvo arte para lograr á precio de dinero los cuerpos de sus dos compañeros Rústico y Eleuterio. Noticioso S. Rieul del martirio de nuestros Santos, se sintió inspirado de Dios para buscar sus reliquias; y encargando el cuidado de su iglesia de Arlés al obispo Felicísimo, que habia ido á visitarle, partió á París, acompañado de algunos presbiteros suyos. Con las noticias que allí le dieron, se encaminó á la aldea de Charouil, donde encontró á la piadosa matrona Cátula, y consagró en honor de S. Dionisio y sus compañeros una capilla de madera, que aquella virtuosa señora habia erigido sobre el sepulcro de los Santos. Mas de trescientos años despues, Sta. Genovefa, devotísima de S. Dionisio, erigió otra capilla de piedra mucho mas capaz, donde, pasados otros doscientos años, el rey Dagoberto fundó aquel célebre monasterio de S. Dionisio, y aquella suntuosísima iglesia que los reyes de Francia escogieron para su sepultura.

No se ignora que algunos sabios críticos de estos últimos tiempos quieren disputar al reino de Francia la gloria de haber merecido á S. Dionisio Areopagita por uno de sus primeros apóstoles; pero se juzgó mas seguro seguir el parecer del Martirologio, y aun el de la misma Iglesia romana, pareciendo que la crítica del tiempo debiera ceder á la tradicion de mas de mil y doscientos años, y á la autoridad del sabio Hinemaro, arzobispo de Rems, de Fortunato, obispo de Poitiers, de Eugenio II, arzobispo de Toledo, del venerable Beda, de todos los hombres grandes que florecieron en los ocho últimos siglos, del mismo concilio de París, y en fin, del unánime consentimiento de la Iglesia griega y latina, como lo observa el sabio cardenal Baronio en las anotaciones al Martirologio romano.

EL SANTO PATRIARCA ABRAHAM, PADRE DE TODOS LOS
CREYENTES.

ABRAM que significa y quiere decir padre de muchas gentes, fué hijo de Tharé, descendiente de Sem hijo de Noé. Tuvo dos hermanos, Nachór y Arán. El lugar de su nacimiento fué Caldea, y el pueblo donde vivió se llamó Ur. Era de setenta años Tharé cuando engendró á Abraham, y fué el primogénito y mayorazgo de sus hijos. De los cuales el tercero llamado Arán, murió antes que su padre y hermanos y dejó un

hijo que se llamó Lot y dos hijas llamadas Melcha, y Yesca. Yesca tuvo otro nombre, que fué Sarai ó Sara, como advierte S. Agustín, y casó con Abraham su tio, porque á la sazón no era prohibido en los casamientos semejante grado de parentesco. Melcha casó tambien con su tio Nachór hermano de Abraham.

Comenzó á este tiempo, como dice Sto. Tomás, la idolatria en el mundo, cuyo origen y principio, como se colige del libro de la Sabiduria (cap. 14), fué que muriéndosele á un rey, ó á un padre rico y poderoso su hijo, sintiéndolo demasiadamente, para tomar algun consuelo hacian una figura suya, ó imágen, á la cual reyerenciaban y tenian en mucho. Mandaban á sus criados que les hiciesen ofrendas y sacrificios; de esta manera los que antes habian sido hombres, despues vinieron á ser tenidos por dioses. Lo mismo hicieron luego los hijos con los padres difuntos; y pasando adelante la ceguedad de los hombres viendo cuanto influian en la tierra el fuego, los vientos, el agua, el sol y la luna, creyeron que eran los dioses que gobernaban el mundo y los adoraron. «O deplorable ceguedad! esclama cierto escritor sagrado: los hombres colmados de los dones y beneficios de Dios, han desconocido la mano que los derrama. Fué desconocido el Criador; y el culto supremo que á él únicamente es debido, prostituyóse siendo tributado á las criaturas.»

Los caldeos hijos de Sem, en cuya tierra vivia Abraham, aunque conservaron por largo tiempo el temor del Señor, poco á poco fueron pervirtiéndose con la corrupcion general, y concluyeron por llamar Dios al fuego y adorarle porque les calentaba y sazónaba los manjares. Propio de la divina bondad era poner un dique al torrente de la idolatria, que iba á inundar todas las naciones. Sin abandonar á los demás pueblos, que no debian atribuir su ceguedad mas que á sí mismos, determinó Dios reservarse al menos un corto número de adoradores, conservar entre ellos el depósito de la revelacion primitiva, y poner en medio del mundo conocido un ejemplo visible de la Providencia, que convenciese al género humano en todos los siglos que siempre habia sido objeto de su paternal solicitud y gobierno.

Abraham, descendiente de Sem, siendo el fiel y siervo de Dios, fué escogido por padre de este nuevo pueblo. Mandóle Dios salir de la Caldea su patria, y le prometió multiplicar su posteridad y hacerle un dia dueño del país de Canaan, donde queria establecer su culto. Dijole el Señor: «Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré. Y yo te haré padre de muchas gentes.... A tu pos-